

Capítulo 5

La fe y las obras

Ténganse en cuenta –y reléase– la “Referencia
Introductoria” de página 43.

Un protestante me dirigió la siguiente observación:

Veo personas que caminan largas procesiones de rodillas, descalzos entre otras cosas, cuando Jesús vino a hacerlo por nosotros ya; él pagó el precio y ahora somos salvos por él, ya no tenemos que hacerlo más; ahora lo que debemos es tomar su ejemplo.

En otra consulta, formulada de modo muy claro e inteligente, me decían:

Parece ser que una de las principales diferencias entre católicos y protestantes, está en el hecho de que los primeros creen en el poder de las obras para alcanzar la salvación, mientras que los segundos no creen que el hombre, pecador por naturaleza, pueda hacer obras con valor salvífico, siendo la Sangre derramada por Jesús la única que puede salvarle, y ello de forma gratuita, aceptando por la sola fe que Él es su Salvador. Parece una opinión bastante coherente, pues se podría ver en la actitud católica una minusvaloración del valor salvador del Sacrificio de Jesús. La Iglesia católica pide una colaboración activa en la salvación, hace co-redentora a María y mediadores a los Santos... ¿No es suficiente la Sangre del Hijo de Dios por sí sola para reconciliarnos con el Padre?

La doctrina católica sostiene –como doctrina revelada– que no basta la fe para la salvación, ya que sólo por la caridad la fe tiene la perfección de unirnos a Cristo y ser vida del alma, siendo meritoria de vida eterna. El Concilio de Trento expresamente enseña que “la fe, si no se le añade la esperanza y la caridad, ni une perfectamente con Cristo, ni hace miembro vivo de su Cuerpo. Por cuya razón se dice, con toda verdad, que *la fe sin las obras está muerta* (St

2,17ss) y ociosa”¹. Y expresamente condenó el concepto de “sola fe”, tal como lo entendió el luteranismo primitivo: “Si alguno dijere que el impío se justifica por la sola fe, de modo que entienda no requerirse nada más con que coopere a conseguir la gracia de la justificación y que por parte alguna es necesario que se prepare y disponga por el movimiento de su voluntad, sea anatema”².

Esta doctrina está expresamente enseñada en la Sagrada Escritura, pues si bien es cierto que hay muchos textos –especialmente paulinos– que hablan de un papel fundamental de la fe en la justificación³, también es claro que hay muchos otros textos, tanto del mismo Pablo como de otros autores inspirados, que hablan de la ineficacia de la fe sin las obras, y en particular sin la caridad: *la fe sin obras es muerta* (St 2,17); *el que no tiene caridad –se entiende que está hablando de quien tiene fe– permanece en la muerte* (1Jn 3,14); *si tuviere tanta fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada* (1Co 13,2); *en Cristo ni vale la circuncisión ni vale el prepucio, sino la fe, que actúa por la caridad* (Gal 5,6; cf. 4,15).

Por tanto, es necesario armonizar las afirmaciones en que se atribuyen los efectos salvíficos a la fe, con aquéllos en que los mismos efectos son, no sólo atribuidos a la caridad, sino que se *niega* que puedan ser alcanzados por la fe *sin la caridad y las obras de la caridad* (pues al hablar de *caridad* se sobreentienden sus obras, como queda patente por las palabras del Señor en el Evangelio de San Juan (cf. Jn 15,10): *el que me ama guardará mis palabras [= mandamientos]*). Mala práctica exegética es negar los textos

¹ DS 1531.

² DS 1559; cf. 1532; 1538; 1465; 1460s.

³ Por ejemplo: *Le respondieron: Ten fe en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu casa* (Hch 16,31); *el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley* (Rom 3,28); *Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación* (Rom 5,1); otras citas semejantes: Hch 26,18; Rom 10,9; Ef 2,8-9; Gal 2,16; 2,21; 3,1-3. 9-14. 21-25.

que crean dificultad, tanto por una parte (negando el papel clave que juega la fe en la justificación y la doctrina paulina de la *exclusión* de las obras de la Ley; sea negando el papel de las obras de la caridad). De aquí que haya que afirmar que los textos en que se habla de la fe, deben ser entendidos de la fe “perfeccionada” por la caridad (porque mientras los textos referidos a la fe salvífica, si fuesen entendidos de la fe al margen de la caridad, quedarían en oposición a los textos que hablan de la necesidad de la caridad para salvarse, por el contrario, entendidos de la fe perfeccionada por la caridad, se entienden tanto unos como otros).

Teológicamente, esta relación perfectiva de la caridad –llamada bíblicamente: perfección, vínculo, vida o alma– ha sido expresada con el concepto de “forma”: la caridad es la forma de todas las virtudes⁴. No debe entenderse en el sentido de forma *intrínseca* o *sustancial*, pues la fe y las demás virtudes tienen su propia especificación intrínseca que les viene de su objeto, la cual no muda al recibir la caridad sino como referida a una forma *accidental* y *extrínseca* (de orden operativo): en el sentido de que la caridad **mueve e impera los actos de fe** y de las demás virtudes al fin último (Dios), imprimiendo en ellos la cualidad de actos meritorios; de este modo eleva los actos de la fe al orden virtuoso y perfecto. En este sentido, la fe recibe de la caridad **especificación sobrenatural**, es decir, la orientación al fin último (el bien divino, que es objeto de la caridad): “la caridad, en cuanto tiene por objeto el último fin, mueve las otras virtudes a obrar”⁵.

En referencia a cuanto decían las objeciones expuestas más arriba, debemos decir que de ninguna manera puede decirse que la Iglesia católica quite valor al sacrificio de

⁴ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1827; 1844; 2346.

⁵ Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 64,5.

Jesús. Su valor es infinito y una gota de sangre puede salvar el universo, como cantamos en el *Adorate devote* (himno atribuido a Santo Tomás). Lo que enseña la Iglesia, siguiendo al mismo Jesucristo, es que Dios no nos salvará (nos salva Dios, no nosotros) sin nosotros, es decir, sin que su sangre se convierta en fruto en nosotros. Y esto se pone de manifiesto en las obras (que si bien las hace Dios en nosotros, se hacen, existen). Por eso, Jesucristo al joven rico que quería salvarse le dice que haga obras: *¿Qué tengo que hacer para salvarme? Cumple los mandamientos*, y le nombra los principales. Eso es lo mismo que enseña la Iglesia. Las obras son totalmente nuestras y totalmente de Dios que las hace en nosotros.

Lutero tergiversó esta doctrina, considerando inútil toda obra humana. Pero no es eso lo que enseña San Pablo cuando en 1Co 3,9 dice que *somos colaboradores de Dios*. Algunos protestantes, para evitar el sentido evidente del valor de las obras que tiene este texto, traducen “trabajadores de Dios”, pero no es ése el sentido verdadero de la expresión (¿dónde dejan estos biblistas el sentido literal cuando se torna comprometedor para sus doctrinas?). El texto griego dice “sunergoi” (“sunergós”): colaboradores, “adiutores” como dice la Neo Vulgata; el prefijo griego “sun” equivale al latino “cum”, con (como puede verse en palabras que han pasado a nuestra lengua: “síntesis”, “sincrónico”, “sinestesia”, etc.). Lo reconocen algunas versiones protestantes como la *American Standard Version* y la *New King James Version*, que traducen como “fellow-workers”, y la *Reina-Valera* que dice “colaboradores”. También San Pablo exclama con toda fuerza: *De él (Dios) somos hechura, creados en Cristo Jesús a base de obras buenas, que de antemano dispuso Dios para que nos ejercitemos en ellas* (Ef 2,10). “Epì érgois agathois” son obras, hechos buenos; y dice San Pablo que Dios ha querido que en ellas “peripatêsômen”: *camínemos*. No puede pensarse nada más lejos de una fe desencarnada del obrar. Y por el mismo

motivo, Nuestro Señor nos recuerda que no basta el conocimiento para la salvación, cuando, tras lavar los pies de sus discípulos y recordarles la necesidad de “obrar” según su ejemplo (Jn 13,15: *para que así como yo hice con vosotros, vosotros también hagáis*: “*húmeis poiête*”), añade (Jn 13,17): *Si sabéis esto, bienaventurados seréis si lo hicierais* (“*ei tauta oidate, makáriói este eàn poiête autá*). No basta saber; es necesario *hacer, obrar* (“*poieô*” en griego).

A una persona que me preguntaba: “si la salvación ya está dada por Jesús y en Jesús, ¿por qué tenemos que ‘trabajar’ para conseguirla?”, le respondí, en su momento, diciendo que si a alguien le comunican que el gobierno le ha adjudicado una casa pero tiene que ir a retirar el título, esa persona se daría cuenta de que la casa le pertenecerá desde el momento en que retire efectivamente el título; antes no puede entrar en esa casa. Del mismo modo, Jesús ha ganado los méritos para nuestra salvación, pero cada uno de nosotros debe hacer el trabajo de “aplicárselos” a sí mismo, mediante la santificación diaria y los sacramentos (aun así, los católicos sabemos y profesamos que esta misma aplicación no es sólo obra nuestra, sino al mismo tiempo toda nuestra y toda de Dios). Jesús murió por todos los hombres, pero el buen ladrón aceptó a Cristo y el mal ladrón murió blasfemando. Eso quiere decir que la salvación no es algo automático. Y las consecuencias a las que se puede llegar por la doctrina de la fe sola, sin obras, escandalizaría a todo buen protestante. Baste de prueba las palabras de Lutero en carta a Melancton el 1 de agosto de 1521⁶: “Si pide gracia, entonces pida una gracia verdadera y no una falsa; si la gracia existe, entonces debes cometer un pecado real, no ficticio. Dios no salva falsos pecadores. Sé un pecador y peca fuertemente, pero cree más y alégrate en

⁶ Esta carta puede leerse en la “American Edition Luther’s Works”, vol. 48, pp. 281-282, ed. H. Lehman, Fortress 1963.

Cristo más fuertemente aún (...) Si estamos aquí [en este mundo] debemos pecar (...) Ningún pecado nos separará del Cordero, ni siquiera fornicando y asesinando millares de veces cada día”. El autor protestante De Wette, quien se dedicó a coleccionar frases célebres de Lutero, decía (atribuyéndolo a Lutero): “Debes quitar el decálogo de los ojos y del corazón”⁷.

Me parece, así, muy equilibrado cuanto escribía un convertido: “muchos protestantes acusan a la Iglesia Católica de enseñar un sistema de salvación basado en obras humanas, independientemente de la gracia de Dios. Pero esto no es cierto. La Iglesia enseña la necesidad de las obras, pero también lo enseñan las Escrituras. La Iglesia rechaza la noción de que la salvación se puede alcanzar ‘sólo por las obras’. Nada nos puede salvar, ni la fe ni las obras, sin la gracia de Dios. Las acciones meritorias que llevamos a cabo son obras inspiradas por la gracia de Dios”⁸.

En ésta, como en otras cuestiones, creo que hay una incomprensión de parte de muchos protestantes respecto de la doctrina católica. Lo que ellos critican a los católicos, los católicos no lo enseñan de ese modo; es una mala imagen que no responde a la realidad, y para demostrarlo podemos invitar a cualquier protestante que nos diga dónde y en qué documento oficial, aprobado por el magisterio, la Iglesia enseña que alguien puede justificarse sólo por las obras.

Bibliografía: J. M. Bover, *Las epístolas de San Pablo*, Balmes, Barcelona 1959; Idem, *Teología de San Pablo*, BAC, Madrid 1956; Ferdinand Prat, *La teología de San Pablo*, Jus, México 1947 (2 volúmenes); Settimo Cipriani, *Le lettere di Paolo*, Cittadella Ed., Assisi 1991. En inglés puede encontrarse una importante bibliografía sobre la doctrina protestante y católica de la justificación en el

⁷ Citado por P. F. O’Hare, *The Facts about Luther*, Rockford 1987, p. 311.

⁸ Cf. Tim Staples, *op. cit.*, p. 269-270.

artículo de Joseph Pohle, *Justification*, “The Catholic Encyclopedia”, vol. VIII, Robert Appleton Company, 1910.

Para más información y compras, dirigirse a
“Ediciones del Verbo Encarnado”

El Chañaral 2699 – CC 376
(5600) San Rafael – Mendoza
Argentina

Tel: +54 (0)02627 – 430451
E-mail: ediciones@iveargentina.org
<http://www.edicionesive.org.ar>
<http://www.iveargentina.org>